





ZOCOS, 13

EL CAIRO II

© Del texto del *Voyage en Orient*, publicado en 1848 bajo el título *Femmes du Caire, mujeres del cairo*

© De la traducción: José Jesús Fornieles Alférez

© Confluencias, 2017

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en ESCOBAR IMPRESORES, Almería, España

ISBN: 978-84-947772-5-7

Depósito Legal: AL. 2625-2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

GÉRARD DE NERVAL

---

El  
Cairo

Viaje a Oriente, II

---

Traducción de  
José Jesús Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL



*Gerard de Nerval*







# ÍNDICE

## MUJERES DEL CAIRO

### III. EL HARÉN

1. Pasado y futuro	15
2. La vida cotidiana en la época del <i>jamsin</i>	20
3. Labores del hogar	24
4. Primeras lecciones de árabe	30
5. La intérprete amable	34
6. La isla de Roda	38
7. El harén del virrey	52
8. Los misterios del harén	58
9. La lección de francés	61
10. El Chúbrah	65
11. Los <i>afrites</i> (genios)	70

#### IV. LAS PIRÁMIDES

1. Una escalada	91
2. En la cima de la pirámide	95
3. Las pruebas iniciáticas	103
4. La partida	112

GÉRARD DE NERVAL

---

El  
Cairo

Viaje a Oriente, II



# MUJERES DEL CAIRO



### III

## EL HARÉN

#### 1. PASADO Y FUTURO

Nunca he lamentado haber vivido en El Cairo y adaptarme como un vecino más a esta ciudad, pues es el único medio, sin ninguna duda, de comprenderla y amarla. Habitualmente, los viajeros no tienen tiempo de sentir su palpito, de penetrar en sus bellezas pintorescas, en sus contrastes y sus recuerdos. Es la única ciudad oriental donde se puede encontrar ejemplos de sus diferentes etapas históricas. Ni en Bagdad ni en Damasco ni en Constantinopla se han conservado restos parecidos que inciten a la reflexión. En las dos primeras, el viajero no hallará más que frágiles construcciones de ladrillo y adobe; los interiores pueden mostrar una decoración espléndida, pero que no fue concebida para conservarse como un arte serio y duradero.

Constantinopla, con sus edificios de madera pintada, se renueva cada veinte años y no conserva nada más que una fisonomía bastante uniforme, con sus cúpulas azuladas y sus minaretes blancos. El Cairo debe tanto a las inagotables canteras del Mokkatán, como a la serenidad constante de su clima, la pervivencia de innumerables monumentos de califas y de sultanes mamelucos, que se relacionan naturalmente con los variados estilos arquitectónicos de los que aún quedan modelos en España y Sicilia. Las maravillas moriscas de Granada o Córdoba encuentran ecos a cada paso en las calles de El Cairo: en la puerta de una mezquita, en una ventana o en un minarete, un arabesco en el que el trazo o el estilo precisa una época pasada. Sólo con las mezquitas podrías recomponer la historia de El Cairo, pues cada príncipe construyó al menos una, en un intento de transmitir al porvenir el recuerdo de su gloria. Son Amru, Hakem, Tulum, Saladino, Bibars o Barkouk, nombres conservados en la memoria de estos pueblos; sin embargo, los monumentos más antiguos no nos enseñan más que muros derruidos y recintos devastados.

La mezquita de Amru, la primera construida después de la conquista de Egipto, se halla en un lugar hoy desierto entre la ciudad vieja y la nueva. Desolado y desamparado, nada protege a este lugar sacro de la profanación. Recorrí el bosque de columnas que aún sostienen la bóveda antigua; pude



subir las escaleras del *mimbar*, construido en el año 94 de la Hégira, y del que afirmaban que no había en el mundo otro más noble y más bello después del dedicado al Profeta; paseé por las galerías y reconocí en el centro del patio el emplazamiento de la tienda donde el lugarteniente Omar tuvo la idea de fundar el viejo Cairo. La historia cuenta que una paloma anidó en lo alto de la tienda de Amru, que venía de saquear Alejandría. Este no quiso que molestasen a la pobre ave: el lugar le pareció elegido por la voluntad del cielo e hizo construir una mezquita alrededor de su tienda. Después vino la ciudad alrededor de la mezquita, que tomó el nombre de *Fostat*, es decir, la tienda. Hoy día la mezquita no se encuentra ni siquiera dentro de la ciudad, y, de nuevo, como la describían las crónicas de antaño, la rodean jardines y palmerales.

Igualmente abandonada, pero intramuros en el otro extremo de la ciudad, cerca de Bab-el-Nasr, encontré la mezquita del califa Hakem, fundada tres siglos más tarde. Hakem es uno de los héroes más extraños de la Edad Media musulmana. Hakem, que los viejos orientalistas franceses llaman *Chacamberille*, no se contentó con ser el tercer califa africano, el heredero por conquista de los tesoros de Harum al Rachid y el dueño absoluto de Egipto y Siria. La ambición le hizo convertirse en una especie de Nerón o de Heliogábalo. Como el primero, incendió por capricho su capital; como el segundo, se pro-

clamó dios y ordenó las reglas de una religión que una parte de su pueblo adoptó y que actualmente se identifica con los drusos. Hakem es el último de los profetas o, si se quiere, el último dios que ha producido el mundo y que conserva aún fieles más o menos numerosos. Los juglares de Egipto cuentan mil aventuras suyas, y me han mostrado en una de las colinas del Mokkatán el observatorio donde iba a consultar a las estrellas, pues aquellos que no creen en su divinidad sí lo describen como un poderoso mago.

Su mezquita está aún en un estado más ruinoso que aquella de Amru. Los muros exteriores y las dos torres o minaretes situados en los ángulos presentan unas formas arquitectónicas identificables con los más antiguos monumentos de España. Ahora el recinto de la mezquita está lleno de polvo y escombros, y los cordeleros retuercen sus sogas por este vasto espacio en que el murmullo de la monótona rueda ha sustituido a las oraciones. Pero si el edificio del fiel Amru está abandonado, ¿qué decir del herético Hakem, aborrecido por los verdaderos musulmanes? El viejo Egipto, tan olvidadizo como incrédulo, ha enterrado en sus arenas a otros profetas y a otros dioses.

No es de extrañar que en este país no abunde el fanatismo o la intolerancia que se observa en otras partes de Oriente; la conquista árabe no ha podido

transformar este carácter de sus habitantes; sin embargo, ¿sigue siendo la tierra antigua y maternal donde Europa, a través de Grecia y Roma, encuentra sus orígenes? Religión, moral, industria, todo parte de este centro, a la vez misterioso y accesible, donde los genios de los primeros tiempos impulsaron para nosotros los principios de la sabiduría. Ellos penetraron con terror en estos santuarios extraños del pensamiento donde crearon el porvenir de los hombres, resurgiendo más tarde con la frente ungida de resplandores divinos para revelarnos las tradiciones antediluvianas que se remontan a los primeros días del mundo. Allí están Orfeo o Moisés o ese legislador menos conocido para nosotros que los hindúes llaman Rama, con las mismas ideas y creencias, que se modificaban según los lugares y las razas, pero que en todas partes construyeron civilizaciones duraderas.

Lo que caracterizó a la Antigüedad egipcia fue precisamente ese carácter universal, e incluso ese proselitismo que Roma imitó después sólo en interés de su poder y de su gloria. Un pueblo que construyó monumentos indestructibles para dejar grabados todos los principios del arte y de la industria, y que hablaba a la posteridad en un lenguaje que ahora comenzamos a comprender merece, ciertamente, el reconocimiento de todos los hombres.